



UN ESPAÑOL
EN BUENOS AYRES EN 1810

Francisco Tosi

UN ESPAÑOL
EN BUENOS AYRES EN 1810



Primera edición: julio 2025

© Comunicación y Publicaciones Caudal, S.L.

© Francisco Tosi

ISBN: 979-13-87814-84-7

ISBN digital: 979-13-87814-85-4

Depósito legal: M-16781-2025

Editorial Adarve

C/ Luis Vives, 9

28002 Madrid

editorial@editorial-adarve.com

www.editorial-adarve.com

Impreso en España

A Maria Julia querida esposa y a nuestra hija Eugenia Julia.

PRÓLOGO A
UN ESPAÑOL EN BUENOS AYRES
EN 1810

ROBERTO L. ELISSALDE¹

Durante casi 15 años recorrí los polvorientos legajos del Archivo General de la Nación, acopiando material sobre el año 1810. Así reuní una notable cantidad de fichas que, más allá de aquellas bibliográficas, me permitieron escribir *Diario de Buenos Aires. 1810*, que se dio a conocer en las vísperas del bicentenario. La idea no era mía, sino que intenté emular (lógicamente, sin conseguirlo) a Alberto M. Salas, autor de *Buenos Aires 1806-1807*, que de ese modo, cual un diario, describió lo que sucedía en la capital del Virreinato del Río de la Plata en tiempos de la ocupación británica.

Huelga decir que Salas me había advertido que habría de encontrarme con documentos que parecían ficcionales, y no se equivocó. Lo mío es la historia y no la novela histórica, pero Francisco Tosi, que ha demostrado a través del tiempo que tiene buenas condiciones para la narrativa, como lo certifican los premios que ha obtenido en distintos concursos en el país y en el exterior, se aventuró a andar los caminos de la historia en ese año clave de 1810.

Desde ese amanecer del agitado viernes 25 de mayo, cuando en

¹ Historiador. Miembro de Número de las Academias Sanmartiniana y Browniana. Vicepresidente 1° del Instituto Nacional Sanmartiniano.

la reunión en la que se debatía el futuro de todos en casa de Rodríguez Peña, Manuel Belgrano, exhausto por la agotadora vigilia de esos días, ingresó en la sala donde se debatía acaloradamente. Con la mano sobre la espada, exclamó que si a las tres de la tarde de ese día el Virrey no abdicaba, él se encargaría de derribarlo con las armas.

Tosi narra, así, las inquietudes, la vida diaria, los sueños, los usos y costumbres, y los mismos reclamos de los habitantes de Buenos Aires desde hace más de dos siglos. El cicerone del lector es Manuel, un español europeo, zaragozano; seguro devoto de la Virgen del Pilar, la que no quería ser francesa, sino capitana de las tropas aragonesas; que muy pequeño había llegado a esta ciudad con sus padres; casado muy joven con Olinda, cuyo padre, viudo e italiano, era propietario un astillero artesanal en los suburbios.

No se repartieron cintas celestes y blancas en las solapas de la gente que se acercó al Cabildo. Los asistentes llevaban ramitas de olivo en los sombreros, cintas blancas o encarnadas. El grabador Juan de Dios Rivera hizo una serie de láminas con la imagen de Fernando VII, que aparecieron en los sombreros. El ramito de olivo era el símbolo de la paz.

Los paraguas sí habían llegado a Buenos Aires. Así como hoy se importan de China, en la Buenos Aires del Virreinato los paraguas venían de la vieja Europa. Aquella era una vida tranquila, con la preocupación por las noticias que llegaban de España. En general, no se han documentado hechos de infelicidad. Los esclavos eran muy bien tratados y, en muchos testamentos, se los beneficiaba con la libertad por su fidelidad. Había, sí, un temor terrible por las epidemias.

Mientras los hombres debatían los acontecimientos políticos, los pobladores repartían su tiempo de ocio en actividades más placenteras: iban a las corridas de toros en Retiro o a los espectáculos de volatineros, que hacían equilibrio en un cable. La gente paseaba por la Alameda, a la altura de las actuales avenidas Alem y Corrientes; desde Retiro hasta el Pilar, en Recoleta, había una gran playa,

donde se corrían carreras cuadreras. El 8 de diciembre los frailes bendecían las aguas y todo el mundo se bañaban en el río. No faltaba la buena mesa; Monsieur Ramón Aignasse era propietario de una fonda en la que se servían las mejores comidas aderezadas con salsas.

Francisco Tosi nos ha llevado de la mano de Manuel para compartir su novelada o, casi seguro, bastante real intimidad en el Buenos Aires de 1810, donde están bien marcados los caracteres de los distintos personajes. Al modo que Arturo Capdevila, Josefina Cruz, Marta Mercader, María Ester de Miguel o el incomparable Manuel Mujica Láinez, nos acercaron a distintos momentos de nuestra historia, en esta obra de manera amena, documentada, y a la vez entretenida, nos permite aproximar a los acontecimientos que, hace doscientos quince años, iniciaron el camino hacia la independencia argentina.

Prólogo:

El año de la Revolución de Mayo en Buenos Aires fue la bisagra que modificó la historia del Río de la Plata, particularmente la de la ciudad capital y las gobernaciones del virreinato, que eran, principalmente, ciudades. O, por lo menos, así dicen muchos historiadores.

Ciudades y un amplio territorio casi vacío fueron la simiente de la revolución. Devenidas por imperio de papeles en provincias, forjarían, no sin esfuerzo y encarnizadas luchas fratricidas, varios años después, la independencia y luego propiamente la Nación Argentina. Pero todo esto lo hicieron los sistemas, los intereses, la fortuna, la casualidad, las circunstancias y, siempre protagonistas, ellas, las personas. Cada una de ellas era y es un mundo. Existieron y existen en ese mundo de varios planos e inciertos límites de identificación y recepción que fija la ficción literaria.

Manuel es español europeo, nació en Zaragoza, Aragón, y muy pequeño llegó a la ciudad con sus padres. Ambos fallecieron. Él siguió adelante. Se casó muy joven con Olinda, cuyo padre, viudo e italiano, tiene un astillero artesanal en la zona norte, bien fuera de la ciudad.

Vivir el proceso de autonomía, llamada revolucionaria, visto desde los ojos de un joven español y su mestiza esposa italoamericana, es el propósito de este texto. En medio de tantas emociones la vida continúa. Así, encuentra una chispa adúltera que pronto se transforma en llama de amor y pasión que lo puede perder, más que cualquier revolución exterior.

En el protagonista, la imagen simbólica de España se va alejando hasta convertirse en un contradictorio hecho maldito. Así como todos los involucrados en peligrosos cómplices de este nuevo atlas social. La opción es extrañarse a esa identidad original, mimetizándose como si fuera uno de los tantos. Sobrevivir es así el desafío de las mayorías. Cruzar el puente simbólico de lo hispano a lo criollo no va a ser fácil para nadie, ni siquiera para los veloces conversos, celosos de los extraños, que eran llamados patriotas. Aunque con ellos en el texto solo transcurra un año.

Pero la historia se va desenrollando progresivamente en este caso. Se produce una insólita diferencia entre españoles peninsulares, o europeos, y españoles americanos que es, probablemente, una simiente (tal vez apócrifa) del futuro nacionalismo. Pero esto el protagonista aún no lo conoce. Solo lo intuye y, en contadas ocasiones, lo comenta. La vida continúa.

Mientras, llevado por el suegro, hace provechosos negocios que por su cuenta nunca se hubiera animado a hacer.

Así nace en el protagonista el ejercicio de la resignación. Amor, la identidad, los negocios, los intereses son una mezcla de lo que le espera, a Manuel y al lector generoso.

El autor. 25 de mayo de 202...

Capítulo 1. Yo, Manuel

Este mes de enero de 1810 el calor húmedo me afecta más que nunca, como si me lastimara el cuerpo. Dicen que quien aún apenas ha cumplido apenas veinte años no puede tener estos dolores. Pero yo, Manuel, aquí y ahora los sufro.

Debe ser que los últimos tiempos han sido muy duros y eso me trae esta flojera, o quizás es mi cabeza, que no puede encontrar solución mejor que descargar la pena en las tripas, los brazos, las piernas, el cuello, todo está crujiente y como si estuviera atrapado por una garra. El cuerpo todo.

Algunos predicen que esta década que comienza será buena y provechosa. No tengo buenos presentimientos. Tampoco conozco en qué se fundamentan.

En la ciudad de Buenos Aires han aparecido muchos y exóticos supuestos expertos que, con el sentir de las manos, la mirada penetrante en los ojos o extraños pases sobre mapas incomprensibles, enfocan y anticipan el futuro individual. Científicos o charlatanes, pero juntan buenos dineros. Manuel se asegura:

—No cuentan conmigo, por supuesto, no estoy para dilapidar nada ni por canje ni por una sola moneda.

Pero, ¿quién sabe?

Esa tarde, mientras Olinda, su esposa, descansa durante la siesta, Manuel, nervioso, sentado en el patio interior de su casa, medita, cavila, piensa. En realidad, quiere proyectar, planificar, desarrollar un plan de acción para salir de tantos embrollos. Pero no los encuentra, simplemente sigue nervioso. Un hombre agitado que

busca la estabilidad perdida. ¡Es que habían pasado tantas cosas!

Manuel se pone de pie, inquieto, y comienza a deambular por la casa. Hay algunas personas en la cocina, un par de esclavas. Son dos mujeres jóvenes. Ríen mientras trabajan y hablan sin gritar, pero con un tono bastante alto de voz para que, sin quererlo, las oiga. No quiere que lo vean, se esconde o simplemente no se deja ver. ¿Cómo pueden reírse en su condición? No tiene respuesta. Su alegría lo sorprende, casi le da envidia. Dios lo perdone.

Vuelve hacia atrás y cruza hacia el primer patio. Desde allí se escuchan los ruidos de la calle. Estos no son particularmente alegres. Son los gritos de los hombres y las exclamaciones de las bestias, enfrentados a la dura tarea de circular por las barroas calles de Buenos Aires tras la lluvia.

Va hasta la entrada de su habitación recorriendo todo el camino bajo el alero. Mira distraídamente hacia el aljibe que, simétricamente al otro patio, ocupa el medio geométrico del espacio interno. Recuerda con un dejo amargo a su padre. Le viene a la mente porque esa casa la había remodelado él, con la ampliación al segundo cuerpo. Tenía el proyecto de poner un lujoso aljibe que disimularía el pozo de agua, manteniendo su función esencial y agregando, así, la belleza. Lo que haría más prestigiosa y elegante su casa y sería ahora verdaderamente la residencia. Para que así se convirtiera verdaderamente en una casa «pompeyana» de la que sentirse orgulloso. Su padre, su madre y él habían nacido en Zaragoza. La aragonesa no era la comunidad regional más numerosa, pero no por eso menos orgullosa. Así, por lo menos, siempre comentaba su padre.

Ninguno de ellos, ni su padre ni su madre, verían en la tierra esa transformación arquitectónica. ¡Cuántos proyectos quedarían a la espera al cambiar el sino de una familia! Imaginó un espacio lleno de diseños que se superponían y modificaban no solo su casa, sino todas las del barrio hasta la propia plaza de la Victoria. ¡Seguramente esos divagues eran efecto del calor!

Porque en verdad su situación no era próspera y quizás no podría ni mantener la casa. ¡Otra, qué modificaciones! La muerte de

su padre, resistiendo como verdadero patriota la segunda invasión, que trajo la desgracia a la familia.

Pocos meses después, los pulmones de su madre padecieron una fatiga invencible y de nuevo el luto ensombreció cada esquina, cada habitación, apagando el valiente espíritu aragonés y puesto en el olvido por las autoridades. En realidad, no fue del todo así, porque le llegó una condecoración real, con diploma y brillante medalla. Pero no fue más que eso. Una y otra vez reclamó al francés, al propio virrey Liniers, el reconocimiento de una pensión de oficial, aunque subalterno, muerto por el inglés. Le respondieron que los cambios en la lejana España estaban demorando todo. ¡Bien que el nombramiento del virrey Cisneros salió pronto!

Manuel, trata de escapar de esos recuerdos y mira el cuerpo de su esposa mientras ella duerme. Una italiana, hija de un genovés que vino como marinero y hoy tiene un taller de calafateado cerca del puerto de Las Conchas. ¿Por qué se casó con él? En realidad, fue poco después de la muerte de su padre, él apenas tenía dieciocho años.

Manuel sale un poco hacia el sol y siente que se le van los colores.

Su cabeza es un torbellino.

«No puedo dejar que me gane el tedio, los recuerdos, la nostalgia».

Como siempre dice Olinda.

«Es cierto que nací en Zaragoza como mi padre y mi madre. Pero llegué aquí cuando apenas tenía cuatro años. ¿Qué podía saber?»

Una luz fuerte le ilumina la frente. «¿Qué será?» Lentamente, lo atrae la habitación y el cuerpo lánguido yacente. De pronto, una energía intensa le hace olvidar todo: dolores, colores, recuerdos, problemas.

La fuerza de la reproducción comienza a adueñarse de Manuel, sin que él lo sepa, o quizás sí, poco importa.

«¿Y si me estoy volviendo loco? No lo creo, estoy perfectamente cuerdo».

Olinda abre sus ojos claros, vuelta hacia él, y es todo un vértigo. Está seguro de que enciende una correspondencia de sentidos amorosos y la poesía invade su espíritu mientras va hacia ella.

Capítulo 2. El vasco

A la salida del sol, Manuel ya rumbeaba con uno de los carros hacia las dos chacras donde habitualmente iba. Día por medio las visitaba para cargar verdura, fruta y aprovechar si había algo más.

Los caminos no son suaves, ni buenos ni mucho menos planos. Por esa razón lo acompañan dos de sus tres esclavos. Porque a los dos que ya están viejos e inhábiles para el trabajo, los cobija en su casa. Otra buena herencia de su padre. Evitar el trabajo duro de empujar la rueda cuando inevitablemente se atascará. Eso le permitía quedarse mirando el panorama sin esfuerzo alguno y, eventualmente, hacer algunas reflexiones.

«Mi padre muerto, mi madre también y dos hermanos que se han ido a España gracias a lo producido por la venta de dos de los tres comercios, me han dejado solo aquí. Sin duda esos dos que se vendieron eran las mejores ubicaciones. Uno estaba, prácticamente, en la mismísima recova de la Plaza Mayor, el centro mismo de la ciudad. Todo pasaba por allí. Estaba el cabildo, el fuerte, la iglesia catedral, el cementerio llamado “hueco de las ánimas”. ¿Qué pensamiento era ese?»

«No tengo dudas de que esta sensación de derrota es parte de mi miedo. El temor a no saber o no poder tomar las decisiones convenientes y oportunas en este mundo tan cambiante. Mis hermanos se volvieron a Zaragoza. Estarán allá con la muy noble y muy valiente ciudad. Tuvieron suerte y llegaron justo tras el segundo asedio y el temible tifus. Lo supe por una sola carta que me llegó hace días. Describen lugares de nuestra niñez que no recuer-

do. No sé si se han ido por el dinero o con el dinero, lo que, a sus efectos, lo mismo da».

«Ni sé si lo puedo decir. ¿Qué iría a hacer yo allá? ¿Y Olinda? Justamente ella me dice que no debemos apresurarnos. En casi veinte años mi padre hizo un buen patrimonio. Los tres negocios, cuatro carros, ocho esclavos de los que vendí dos para el reparto con mis hermanos y uno se murió de viejo. ¿Por qué no lo podemos hacer nosotros? Tal vez tenga razón Olinda. En España mandan los franceses más que nunca. El rey Fernando VII de Borbón, no el aragonés, el nuestro, es aquel que abdicó en Bayona a favor del plebeyo José Bonaparte. Es de no creer».

«Mucho más astuto estuvo el portugués, el Braganza, que se escapó a Brasil, con la ayuda de los ingleses. Los mismos que hace pocos años quisieron poner sus botas aquí. ¡Hasta de Miranda se los recomendaba! El temible combatiente “de los tres continentes” Recuerdo que me han contado que es todo un personaje, estuvo en la revolución de los Estados Unidos, luego en la francesa y también en el ejército español en Melilla y Argel. ¡Qué difícil resulta todo!»

Tras este largo monólogo, Manuel se baja del carro, habían llegado. Lo espera el mismo patrón del lugar. A lo lejos se ve la ciudad de Buenos Aires. Era como si se notara la cantidad de habitantes, los cuarenta mil que decían habitan la capital. A pesar de las quejas, la incertidumbre, los intentos de invasión, la extraña situación que parecía vivirse en España con el rey cautivo y Juntas que gobernaban en su nombre, la viruela de 1805, el sarampión del año anterior y la disentería siempre amenazante, la ciudad parecía seguir creciendo. Algunos dicen que hay como mil músicos y artistas entre la población. O sea, alegría, entretenimiento y cultura. En cualquier momento inauguran un nuevo teatro, aunque poco tiempo tienen para esas distracciones. Todo eso le viene a la mente cuando mira hacia el norte.

El vasco, el propietario, sale al encuentro para invitarlo a pasar. Se hace llamar así, pero hacía mucho que estaba en Buenos Aires. No se acordaba bien, pero creía haber oído a su mismo padre decir

que ese vasco, en realidad, había nacido allí. Era un español americano, no un español europeo.

Vasco o español americano que fuera, a pesar del calor, porque es ya bien entrada la mañana, lleva una vieja ruana de buen telar. Entraron a la casa que tenía una agradable temperatura, mucho más fresca que el exterior. Mientras, Manuel ordenó se procediera a la carga con el asentamiento del propietario. No necesitaba controlar porque le tenía mucha confianza. Luego, al salir, controlaría por arriba.

Olinda siempre le decía que era demasiado confiado. Es posible que su mujer tuviera razón y estuviera tentando a la suerte. ¡Tampoco se podía vivir obsesionados!

Estaban sentados en silencio hasta que una mujer trajo unas cuantas empanadas con algo para tomar. Manuel, observador de las conductas, mira y saca rápidas conclusiones. Hace rato lo venía viendo y hoy solo lo comprobaba.

Por la mirada que intercambiaron hombre y mujer, entendió que esa era su esclava preferida. No tenía importancia o, por lo menos, no debía tenerla. Una linda mujer, de dientes bien blancos, sonrisa ancha y todavía muy joven.

No puede evitar pensar, imaginar la escena del vasco teniendo sexo con ella. Tal vez no pudiera con facilidad y necesitara de las hierbas. Les pasaba a muchos. «No me resulta nada extraño, es la imagen la que me choca un poco. El hombre me está mirando, no creo que me lea la mente, aunque dicen que hay quienes lo hacen. De hecho, me dirige la palabra».

—Olvídese, mi amigo, de esos pensamientos lujuriosos y atiéndame lo que le voy a decir.

¡El tipo efectivamente se había dado cuenta! El hombre, el vasco pícaro, le quería hablar de algo y no solo del precio de la carga. Sobre eso siempre se ponían de acuerdo y hoy no sería diferente.

Fue entonces que le comenta el asunto de las armas. Manuel ya ha escuchado de eso algunos días atrás, prácticamente en la misma situación. Está insistente.

Un inglés está vendiendo unos pistolones que ha recibido directamente desde una chalana de un socio suyo, en algún lugar de la costa. Finalmente, Manuel capta de qué se trata, era más que una intuición, es una certeza. Se le ofrecen esas armas. Son tiempos de conflicto, líos, peleas. Antes de que el vasco volviera a hablar, lo ataja diciéndole:

—En la próxima le confirmo. Es mucho dinero y un gran riesgo.

El otro no le contesta. Sigue mascando tabaco, que en parte escupe hacia el suelo. Manuel hace ademán de levantarse para seguir su camino. Va razonando que ese armamento lo deben estar juntando para una acción importante.

Es posible que sea para intentar liberar a los rebeldes. ¡Pero están muy lejos! Como no sabe qué hacer, Manuel no hace nada. Además, no conoce a ese Álzaga. El rico comerciante, vasco como este, dueño del lugar, al sur de la ciudad.

«Si viviera mi padre seguramente tendría una sabia recomendación. Pero mi padre ya no vive y tampoco mi madre. Estoy a cargo de mí mismo, es la fatal conclusión. No hay otra».

«Me parece que lo mejor que puedo hacer es pagar lo debido y seguir mi camino, sin más vueltas. Ya está listo el carro, echo una mirada seria a la carga y, con actuar serio, me subo rápido para seguir mi camino».

Capítulo 3. Un atardecer púrpura

Manuel continúa su camino. Carga por completo el carro con varios productos frescos y comienza el regreso a la ciudad. El camino se endureció un poco, así que va con cierta soltura y no teniendo que parar tan seguido. Ya se acerca a la ciudad, apenas superando uno de los mataderos donde se detiene a comprar carne. Ya tiene la provisión para su negocio. De ese modo nunca se va a hacer rico, pero por lo menos mantiene a su familia y lentamente arregla la casa. Ya se le aparecerán oportunidades. Si sus hermanos lo hicieran corresponsal de casa de comercio y le enviaran a consignación, ¡esa sí sería una buena diferencia! Pero casi ni le escriben.

Dejó pasar varias pulperías que parecían muy llenas a esa hora de la tarde. Compartió algo en el camino. Queso, unas rodajas de pan combinadas con galletas y unas masitas que le habían preparado. Acompañaban con mate. No estaba seguro de si parar en alguna de las tiendas a tomar algún brebaje, antes o después de la visita importante. Porque Manuel tenía un comercio, con patente legítima y todo en regla. Todo negocio de ese tipo, «ramos generales», como ya lo llamaba su padre. Debía tener un poco de todo. Para eso compraría desde jabón a peinetas españolas, sal del océano, tabaco, harina probablemente norteamericana rebajada con local, vinos catalanes y alguno de Burdeos. Eso era tener un poco de todo, sea esa pequeña lista como las cosas que cada vez más querían consumirse en la ciudad que crecía. Ya que había tantos músicos tal vez debiera contratar a algún italiano de esos que

aparecen para poner un taller de reparaciones y afinaciones. ¡Le encantaba esa idea. ¡Le iba a contar a Olinda, su esposa!

Existía una gran dificultad. La temprana muerte de su padre durante las invasiones inglesas, la segunda de esos herejes tan persistentes y endiablados, que ahora resultaban ser aliados por la vuelta de taba que había ocurrido en España. Mientras el carro se abría camino volviendo a la ciudad, Manuel iba pensando en diferentes órdenes o niveles. No era que tuviera un método lógico particularmente sofisticado. Su padre desconfiaba de las escuelas y universidades locales y no tenía tanto dinero como para mandarlo a España, por lo que contrató a un italiano que le enseñó mucho. No era un alumno muy estudioso, pero los conceptos se le pegaban rápido. Lo que más le gustaba era el latín y la matemática. Especialmente el idioma, era inevitable que tuviera que memorizar las cinco declinaciones y muchos paradigmas de verbos y sus conjugaciones. Pero lo hizo con gusto, sin tanto esfuerzo. El tutor le traía libros y pudieron trabajar sobre César, Suetonio, Tito Livio, Cicerón e incluso algunos poetas de la época. Los famosos cuatro, Virgilio, Horacio, Ovidio y Catulo. La matemática lo llevó a ser bastante rápido para el cálculo, más que detenerse en el ejercicio teórico, para él demasiado abstracto. Su padre no entendía cómo le podía parecer abstracta la matemática teórica y no el latín, que es una lengua muerta y sin uso popular, por más que la Iglesia se empeñe en darle aliento.

Sabía pensar, por más que no tuviera rigor en su método. Por lo tanto, entendía perfectamente que había cuestiones inmediatas, próximas y de diferencia específica, y otras de género distante y orden más lejano, pero no por ello menos importantes. Lo que estaba pasando en el mundo era de orden distante. «¿Cómo hago para entender lo que pasa si a los que cuentan no les creo, y los pocos que creo están más confundidos que yo? Un español europeo está preparado para todo, solía decir mi padre. Pero no sé si alcanzaba a abarcar un pensamiento sobre una realidad tan compleja. ¡Cuánto más fácil era escuchar las conversaciones de los grandes cuando

era un niño pequeño! Se quejaban de lo que tardaban las órdenes reales, especialmente los nombramientos oficiales, que eran muchos. O bien especulaban sobre quién sería el próximo virrey que llegaría a Buenos Aires, su capital. Esos eran los temas profundos y luego se comentaban las cuestiones diarias, como el problema de los caminos. No la Ruta de la Plata, sino la distancia y peligros que estaban no muy lejanos de la capital. ¡Hasta recordaba la gloriosa derrota del inglés en 1763 y tantas hazañas! ¡Hasta el padre Maciel le dedicó un poema! La mayor parte de los riesgos venían desde fuera; parece una paradoja, pero nuestros problemas justamente vienen desde España. Entiendo que puede haber algo de envidia, celo o disgusto, pero ya van muchos siglos de ser españoles. ¡Quién sabe dónde nos llevarán estas zozobras!».

Francia invade España y, también Portugal, la península itálica. ¿Qué sucederá con el reino de España? Esa era la gran pregunta. No era solo para Manuel, sino para muchos de los que vivían en América. Seguramente una oportunidad para los aquí nacidos y una amenaza para los españoles europeos. ¡Hasta lo hablaron con el padre de Olinda y con su misma esposa! Manuel pensaba que, si hasta ahora no habían ocurrido más que intentos desordenados de armar alguna que otra Junta de gobierno con cierta autonomía, pero siempre bajo la advocación del borbón, Fernando VII, considerado el legítimo rey. ¡Qué situación contradictoria! Algo debía haber en esas tierras que respetaba al español tras casi tres siglos. Debía ser distinta la situación a lo largo de la enorme América. Manuel no tenía conocimiento de esas tierras lejanas. Una sola vez había ido con su padre hasta Colonia, la otra orilla de la misma tierra. No le pareció nada extraordinario.

Era claro que la discusión estaba en el aire, pero no era fácil comprender cómo decantaría. De eso estaba seguro. Tal vez el rey Fernando volviera al trono y normalizara todo. Sería lo mejor para vivir tranquilos. Enfrascado, o más bien enroscado, en tales reflexiones llegó a la ciudad sin novedades.

Dejar el carro tan cargado solo a la atención de los esclavos no era prudente. Por eso lo puso bien delante de la tienda donde iba a ingresar. Por suerte, en ese momento no había mucha gente. Porque debía enfrentar un asunto delicado. Necesitaba mercadería a crédito por unas cuantas semanas para poder hacer la rotación en su comercio. No podía adelantar dinero y, además, ya debía un saldo de la semana anterior. Era un compatriota que ya conocía a su padre. Se rumoreaba que tuvo que ver con Álzaga y su asonada el año anterior, pero no lo habían tocado. Era una buena señal.

El hombre se mostró amable, para lo que es el trato con un deudor. Manuel no estaba acostumbrado a estar en esa situación, pero más valía comenzar a tomar nota. No solo era amable, sino que lo invitó a pasar a una habitación que estaba al costado del negocio. Podía seguir vigilando su carga. Lo siguió y se acomodaron. Trajeron un jerez muy sabroso. Lo necesitaba y lo disfrutó.

Lo escuchó hablar. El dueño del negocio era un español europeo que había hecho una buena fortuna con las patentes y los permisos de importación. Parece que las seguía haciendo porque le ofreció muy buena mercadería, de la mejor calidad. Eso le encantaba a Manuel, que estaba solo inquieto porque sabía que al final llegaba la cuestión del pago.

Pero no fue tan rápido. El otro lo dejó revisar bien lo que le ofrecían y luego comenzó a hablar. El tema era la cuestión política. El futuro que, según el hombre, dependía mucho de los ingleses y cuán efectivo sería su apoyo. Manuel le manifestó su desconfianza:

—Justamente ese el problema mayor. Nosotros, los españoles, tenemos el poder, los cargos, los negocios o la mayoría de ellos. Escucho que algunos piensan volver a España. Pero ya no hay lugar allí y, para colmo, están los franceses. ¿Ir de nuestra tierra a la ajena?

De pronto le preguntó si alguna vez había combatido, a pesar de su juventud. La respuesta era afirmativa. Sirvió en un tercio cuando lo de los ingleses, los que le habían matado al padre. Él estuvo allí.

El comerciante lo miró con satisfacción. No dijo mucho más. Manuel estaba esperando el asunto del pago. Como una desdicha esperada. Pero el otro se levantó y lo palmeó en la espalda.

Manuel amagó ir hacia la entrada, a pasos cortos, como dando con cuidado cada pisada, cuando el otro le dijo que no se preocupara por el pago. Tenía mucho crédito. No definió cuánto era ese «mucho» y tampoco Manuel preguntó.

Cuando subió al carro ya casi desbordado por toda la mercadería encima, comenzó a conducir con gran cuidado y baja velocidad, y le pidió a los esclavos que estuvieran muy atentos al camino. No se le debía caer nada. Olinda estaría muy contenta y ese pensamiento le dibujó una sonrisa en la cara.

Llegó sin trastornos a su casa y comenzaron a descargar con gran cuidado. Era ya casi el atardecer, de esos que suelen ser tan bellos en el color púrpura, propio así de Buenos Aires.

